

cos, y se hiciese de ellos una familia para que quedase con los tarascos sus amigos, que por ser gente inculca tenía necesidad de quien les enseñase en el gobierno de la república y en el culto de la idolatría, y pareciéndoles bien, nombraron por cacique y señor á un indio mexicano noble y de gran talento, llamado Tzilantzi, el cual, con los de su familia, poblaron la ciudad de Huitzitzila, que ahora se llama Tzintzontzan, adornándola de muy fuertes vistosos edificios, y quedaron tan confederados los mexicanos y tarascos, que nunca tuvieron disgusto, antes los mexicanos olvidaron su lenguaje y de este cacique Tzilantzi descendieron los señores y reyes de Michoacán.

Asentado lo de Michoacán, ordenó el demonio que los mexicanos que habían de pasar adelante, saliesen de Tzintzontzan, y atravesaran por los puertos de Zurirapanduro, Cuitzeo, Acámbaro y Coroneo á dar vista á Chiapa, y de aquí fueron en busca de las demás familias, que se habían adelantado, como queda dicho, y haber entrado por Tierra Caliente las primeras familias que salieron, contrayendo amistad y parentescos con las naciones y pueblos que encontraban, y haciendo asiento entre ellos, se vinieron á hacer todos unos en el lenguaje y trato, y de aquí quedó tener todos los pueblos, cerros y plantas nombres mexicanos, y á los pueblos que no los querían recibir, daban cruda guerra. Estos vinieron por lo de Xalisco y corrieron hacia el Valle de Banderas, Ahuacatlán y Jala, de esta parte del Río Grande, provincia de Tonalán, y todo lo que hay hasta Colima y de allí adelante, y cuando al demonio le pareció que ya era tiempo, ó á los tres demonios que guiaban las tres familias, les hizo marchar hasta las lagunas de México, donde poblaron, quedándose entre los naturales muchos de los que aquí habían nacido, otros por viejos ó enfermos ó impedidos, y otros por haber tomado amor á la tierra.

Todas las familias que vinieron de las partes septentrionales, se llamaron aztecas, por haber venido de la provincia de Aztatlán que cae entre el Norte y el Poniente, provincia grande, y se presume que para venir á esta tierra, pasaron el estrecho de Anian, y que la provincia de Aztatlán queda de la otra

parte del estrecho. (Lo demás acerca de esta materia queda tratado en el libro primero por extenso.)

### CAPÍTULO III.

En que se pone una relación que dejó D. Francisco Pantecatí, hijo del cacique Xonacatl que gobernaba las provincias de Acaponeta, cuando vinieron nuestros españoles á la Conquista.

He querido poner esta relación aquí, por convenir casi en todo lo dicho en el capítulo pasado, y para que se vea y conozca su certidumbre, pues lo mismo que contaron los indios mexicanos haber sabido por tradición de sus pasados y enseñado en sus tablas y pinturas á los benditos padres, Fray Toribio Motolinia, que las tuvo en su poder, en las que estaban las historias y antigüedad de los indios, y al padre Fray Andrés de Olmos, gran escudriñador de las cosas secretas y particulares de la Nueva España y uno de los más antiguos que vinieron á ella, D. Francisco Pantecatí, la dejó escrita á sus hijos y descendientes por memoria, diciendo que lo que en ella refiere lo oyó decir y contar á sus antepasados y abuelos, y que las gentes que poblaron estas tierras, procurando echar de ellas á los naturales, vinieron del medio de la tierra, colíjese haber sido de la provincia de Aztatlán, así por lo dicho en el capítulo pasado, porque aquellas gentes fundaron un gran pueblo en Tierra Caliente llamado Aztatlán, y dice el dicho D. Francisco Pantecatí, que cuando llegaron á las sierras de Acaponeta y á las otras poblaciones que estaban en aquellas regiones calientes que caen al Poniente y mar del Sur, siguieron guerra á los naturales con ánimo de irse apoderando de ellas, con que les obligaron á dejar sus pueblos y retirarse á otros puestos donde pudiesen estar seguros de sus adversarios; y como quiera que casi todas las naciones del



mundo, después que se pobló, pasado el diluvio universal, hayan tenido particulares ritos, ceremonias y adoraciones, adorando diferentes dioses en diferentes especies y figuras de animales, las gentes que habitaban en estas tierras, nunca tuvieron ni reconocieron otro dios, que á uno que llamaban Tioipitzintli, que quiere decir *dios niño*, y que á un indio sabio llamado Cuanemeti se le enseñó y dió á conocer, y que se le apareció en aquellas tierras que ellos llamaban Ixtlahuacán, Nepantlatali, que quiere decir llano que está en medio de la tierra, y que allí dejó estampados los piés y manos, según la tradición de sus antepasados, y que llamaron Pitzintli á aquel dios, porque siempre que le veían se les aparecía en figura de un niño que les hablaba, enseñaba, daba respuestas á sus dudas y consolaba en sus aflicciones, y les decía que supiesen y tuviesen entendido, que había un Dios en el cielo de gran poder, que este Señor había creado el cielo, sol, luna, estrellas, árboles, montes, peñas y lo visible é invisible, y que el cielo era todo de plata y había en él muchos plumajes y piedras preciosas, y una señora que jamás envejecía, y que era soberana virgen, y que de ella habían recibido carne todos los hombres; que confiasen en Dios y esta Señora, porque como El asistía en el cielo, sabía que les habían de ayudar siempre en sus trabajos y necesidades, y que para que se defendiesen de sus enemigos, que entraban á vencerlos y apoderarse de sus tierras, les dió armas de arcos, flechas y carcajes con que las defendiesen y sus personas, enseñándoles el modo que habían de tener para usar de estos instrumentos en sus guerras.

Con esto quedaron tan advertidos, que se hicieron capaces en las cosas de la milicia, y ya aquestas naciones estaban aumentadas y abundantes de gentío y con muchas poblaciones, y ocupadas en sus ejercicios militares, según las instrucciones que su dios Pitzintli les había dado; se ocupaban asimismo en pescas de pescados de todo género, por ser la tierra abundante de esteros, lagunas y ríos, y en cazar de animales silvestres, como son puercos, jabalies, ciervos y otros géneros, y cuando más descuidados se hallaban de que hubiese quien los inquietase y aporta-

se á sus tierras y cacerías, llegaron las legiones de Mexicanos á alguna parte de los muchos que el demonio traía peregrinando para darles la tierra que les había prometido, para que viviesen y sujetasen todas las provincias.

Llegados que fueron á estas tierras de Acapponeta, á sojuzgarlas y apoderarse de ellas, obligando á los naturales á que les hiciesen rostro y les resistiesen, pidiendo auxilio á su dios Pitzintli, el cual se les apareció armado de arco, adarga y flechas invocando al Dios del cielo, pidiéndole que enviase desde su trono legiones de ángeles y del infierno demonios que ayudasen á sus fieles siervos, y viendo los de Acapponeta y los demás pueblos la gran pujanza de los mexicanos y su mayor destreza en pelear, temerosos de no ser desbaratados, rotos y vencidos en batalla, dejaron sus casas y se retiraron á las sierras vecinas, con que los mexicanos se quedaron en los pueblos y se aumentaron así en gentío como en otros adherentes necesarios para poder proseguir su viaje, según el oráculo de un ídolo que los guiaba, á quien llamaban Cuanemeti, y ya que les pareció era tiempo de caminar, salieron de estas regiones calientes y fueron prosiguiendo su viaje, haciendo paradas en algunos puntos, unas veces de un día, otras de cinco, otras de seis y demás, según se los ordenaba su dios Cuanemeti.

En algunos reencuentros que habían tenido con los naturales de estas tierras calientes de Acapponeta, murieron muchos mexicanos, y así salieron tristes y llorosos por la pérdida de sus compañeros, y los de Acapponeta y demás pueblos, viéndose ya libres de los huéspedes que les habían sido causa de muchos trabajos y ahogos y de andar fuera de sus casas entre riscos, hambrientos y padeciendo muchas necesidades, se volvieron á sus chozas y cacerías, y se ejercitaron en la milicia, previniéndose para cualquier suceso que en lo venidero les pudiese acaecer, rigiéndose en todas ocasiones por su dios Pitzintli, porque siempre tuvieron por cosa indubitable lo que este niño les decía, de que había un solo Dios en el cielo, el cual había creado todas las cosas, por lo cual nunca tuvieron templos dedicados á algún ídolo, y aunque es verdad que debajo de una proposi-



ción cierta les persuadía este dios niño, como demonio que era, muchas falsedades, por lo menos conocieron que había Dios en el cielo, con que al tiempo que llegó la voz del Evangelio y comenzó á publicarse por boca de los religiosos franciscanos, siendo el primer explorador y apóstol de estas tierras el bendito padre Fray Juan de Padilla, y el primero que administró el Santo Sacramento del bautismo á estas gentes; luego con gran sumisión, como mansos corderos, se sujetaron á creer lo que les predicaba y enseñaba, dejando con liberal presteza las supersticiones.....

Primer  
religioso  
que pisó  
Tierra  
Caliente.

.....(1)  
dole á levantar con mucho sentimiento y espanto de verle de aquella manera. Le preguntaron que qué era la causa que siendo tan poderoso estuviere arrojado en la tierra tan indecentemente, caída la corona y quebrada la saeta, á lo cual respondió que el hallarle de aquella manera era para darles á entender el sentimiento que tenía por irse llegando el tiempo en que había de faltar de sus corazones el respeto y adoración que hasta allí le habían tenido, y que les hacía saber que había de venir otra gente blanca de otras regiones á engañarles reduciéndolos á otra ley y á hacerles esclavos, y que tuviesen entendido y supiesen que á todos aquellos que admitiesen nueva ley, les había de dar grandes trabajos y los había de desamparar, de tal manera, que viniesen á ser esclavos y á servir á la gente blanca; pero que á los que no dejasen su ley los ampararía de tal manera, que quedasen libres de trabajos; y habiendo oído esto las viejas quedaron algo consoladas, las cuales habiéndole contado al rey lo que pasaba, ÉSTE se comenzó á entristecer y con gran reverencia pidió al ídolo le dijese el modo que había de tener para darle á entender y que supiese que estaba su ley muy arraigada en sus corazones; á lo cual respondió el ídolo que le sacrificasen mucho número de doncellas y mancebos, y que en lugar de la fiesta se prosiguiese con los sacrificios, porque quería saber cuántos de su voluntad se le ofrecían, y después de los señala-

(1) Aquí se advierte un claro de tres fojas en el manuscrito.

dos por el rey, fueron infinitos los que de su voluntad se permitieron quitar las vidas para dar á entender á su ídolo lo que lo estimaban, durando los sacrificios diez y seis días, continuándose de día y de noche, y hubo muchos que se dejaron morir de hambre por no verse cautivos y en otra ley.

Habiendo llegado Francisco Cortés de San Buenaventura con su conquista al pueblo de Tepic, envió sus embajadores á los caciques y señores de Tierra Caliente, y en particular al cacique de Acapponeta, llamado Xonacatl; y habiendo llegado le dijeron cómo iban al pueblo de Tepic, enviados por un gran señor que quería comunicarlos y tener amistad con ellos. El cacique Xonacatl los recibió con buena gracia y, habiéndoles mandado regalar, después les envió muy contentos. Idos los embajadores, mandó juntar todos los indios nobles y señores que le estaban sujetos así en las tierras de Acapponeta como en otras provincias, y estando todos juntos, él, como señor principal y cacique, les hizo un razonamiento en esta manera:

“Hijos míos muy amados, mis leales vasallos: ya sabeis por las tradiciones que hemos tenido de nuestros antepasados y por lo que en muchas ocasiones os he dicho, cómo siempre hemos estado firmes en no adorar árboles, peñas, sol, luna ni estrellas, ni diversos dioses como otras muchas naciones han hecho, y que siempre hemos creído que el dios que nos crió y la madre de quien tomamos carne están en el cielo, y que este dios crió todo lo universo, lo visible é invisible, asiste en el cielo con gran poder y majestad.

“Y por tradición de nuestros antepasados, según los oráculos han dicho, sabemos que en estas tierras adonde estamos y de que somos señores y donde jamás ni nuestros antepasados ni nosotros hemos adorado á los dioses dichos ni á otro género de dioses más del que nos dice el dios Piltzintli, y que nuestros padres, viejos y sabios, decían que en tiempos venideros habían de venir á ocupar nuestras tierras, asistir y morir en ellas, ciertas naciones de las partes de donde sale el sol; según esto y es á saber, han llegado estos extranjeros ya á Tepic, tan cerca de donde nosotros vivimos; parece se ha cumplido ya el tiempo



que por tradición de nuestros mayores teníamos y que infaliblemente son estos que nos envían mensajeros convidándonos con su amistad; y así, hijos y vasallos míos [dijo el cacique Xonocatl], lo que me parece es que, sin hacer resistencia, como lo hemos hecho siempre á cuantos han querido sujetarnos, admitamos esta amistad con que nos envía á convidar esta gente forastera; para esto os he juntado en esta junta; yo os ruego me respondais lo que os parece á vosotros todos los congregados."

Habiendo estado muy atentos al razonamiento de Xonocatl, le respondieron que se conformaban con su parecer, y así luego dieron autoridad á dos principales para que, en nombre de todos, fuesen á Tepic á dar la bienvenida á los españoles y capitán que envió Cortés, y á saber á lo que iban, á su intento y lo más que dijese, lo advirtiesen para según ello tomar la última resolución.

Tzinaloa Después de ganado México, sucedió que andando un religioso de la provincia de Xalisco, llamado Fray Gaspar Rodriguez, predicando entre los bárbaros é infieles chichimecos, llegó á un pueblo distante diez leguas de la villa de Tzinaloa, donde oyó decir que había pocos días que había muerto el señor y cacique de aquel pueblo, que era gentil, y que estando para morir y todos los de aquel pueblo con él, y con gran dolor de verlos así, les dijo que de allí á pocos días iría á aquella tierra un sacerdote cristiano, que le estimasen y reverenciasen mucho y creyesen é hiciesen lo que les mandase, porque Dios lo enviaba para bien de sus almas, y que luego murió, y así lo hicieron, porque el dicho padre les predicó, convirtió y bautizó, derribó sus ídolos, edificó muchas iglesias y fué muy estimado de todos.

Una india principal en el pueblo de Culiacán, reino de la Nueva Galicia, vino á morir de enfermedad, y estuvo casi un día muerta y amortajada, y cuando la quisieron poner en las andas para llevarla á enterrar, se rebulló y desconociendo la mortaja, con admiración de los presentes dijo cómo había parecido en juicio ante Nuestro Señor Jesucristo, al cual había vis-

to muy indignado contra toda aquella provincia, y que le mandó volver al cuerpo para que les dijese que oyesen la palabra de Dios que les predicaban los religiosos, y guardasen lo que les decían, y que ella, por la gracia y la misericordia del Señor, era salva y había de morir en breve; y así fué, que murió al cabo de dos días. A esta india confesó Fray Gaspar Rodriguez (de quien después se hará mención) y dijo que era buena cristiana, simple y sin vicio.

## CAPITULO VIII.

En que se trata de la nación cora que cae junto á Acapponeta, de sus ritos y ceremonias y del estado que hoy tiene.

Hay una nación que llaman *coras* [en el reino de la Galicia, como cincuenta leguas de la ciudad de Guadalajara] los cuales viven hasta el día de hoy en sus antiguas supersticiones, y por la fragosidad de unas sierras grandes en que viven, no se ha hecho caso de ellos ni tratado de sujetarlos; y son tan variables en la idolatría, que ninguno de sus caciques antiguos los pudo reducir á que adorasen á un solo ídolo, y la razón que les moviese á esto, escudriñándola, ha sido por una que dice un indio anciano que daban, diciendo que aquel de quien recibían bien era su dios; y así unos adoraban al sol y otros al año y á las flechas. Los que adoraban al sol decían que mediante su luz podían trabajar para comer y sustentarse, y que aquel dios no era amigo de comer y de beber sangre, como otros dioses que adoraban otros, pues se sustentaban comiéndose los hombres y bebiendo su sangre, y que su dios el sol no tenía